

A todo galope partieron, entre Villanueva y Alcolea cruzaron el Guadalquivir gracias a un barquero al que convencieron para dar fin a su jornada allí mismo, alargando así el margen con sus perseguidores. No obstante, se empeñaron en seguir el frenético ritmo que habían impuesto a los animales hasta que, sin tregua apenas, llegaron a la posada de Pedrito, quien se avino a cambiar sus monturas a cambio de unas monedas con las que de paso se compraba su silencio. Pedrito conocía a Tragabuches y por ello el trato iba a ser celosamente cumplido; no podía arriesgarse a que viniera a visitarlo en un futuro a pedirle cuentas.

No quisieron empero darse descanso en la posada y cogieron monte. El Cucha los llevó por angostas veredas y estrechos barrancos, hasta que al fin se sintieron a salvo. Solo entonces pararon a descansar. No hicieron fuego, se instalaron en el frío y la oscuridad de la noche, a cubierto de la copa de un gran alcornoque.

El Sopas hacía la primera guardia y el Cucha ya roncaba, cuando Tragabuches, antes de liarse la manta le soltó a Bartolomé:

- Espero que mereciera la pena.
- La mereció, y volverá a merecerla siempre –respondió.
- ¿Piensas volver a verla?
- Sí –dijo con resolución.

Tragabuches sonrió. El muchacho entonces se atrevió a hacerle la pregunta que siempre había barruntado.

– ¿Has estado alguna vez enamorado? –le formuló a sabiendas de que sí, esperando que le explicara los pormenores de aquella relación.

Sin embargo Tragabuches no respondió. Se limitó a mirar al cielo y devolverle una extraña pregunta.

– ¿Has visto el mar alguna vez?

– Sí –contestó extrañado–, hará cosa de tres o cuatro meses lo vi por primera y única vez. Cuando fuimos a Arcos, a la vuelta, José María nos llevó por una sierra. Me dijo que era la sierra de San Bartolomé y que si me hicieran algún día santo no dudase en reclamarla, y allí al subir un repecho pude contemplarlo.

– ¿Viste cómo es de grande?

– Sí, abarcaba toda la vista de este a oeste, todo agua, todo azul.

– Es inmenso, tanto que es capaz de absorberlo todo.

– ¿Qué quieres decir?

– Si te quedas mirándolo te inunda, te pierdes en él, y no hay nada que te pueda preocupar. Solo está él, y tú a su lado eres una miseria, una migaja de mundo inapreciable, insignificante. Y si eres insignificante, tus recuerdos, tus miedos, tus sentimientos se vuelven también insignificantes. Por eso a veces me voy y acudo a su encuentro. Se ocupa de hacerme saber siempre que nada de lo que ocurre, ha ocurrido u ocurrirá es comparable a él. Sus olas barren mis recuerdos, aunque solo sea por un tiempo.

– Hablas de aquella mujer –le insinuó sin atreverse a nombrar a la Nena.

– Hablo de ella, hablo de mí –respondió mientras su manta tapaba una sonrisa forzada, dando así por concluida la conversación.

Bartolomé se quedó mirando cómo aquel hombre entrado ya bastante en los cuarenta se acurrucaba bajo el cobertor. Reflexionó entonces sobre cuánto debe doler la ausencia prolongada de un amor, y temió que un día no lejano su corazón mostrara el apagamiento que había podido contemplar en la mirada perdida de su compañero.

Los cuatro se acomodaron y dejaron que el hombre se explayase.

– Al míster le he dado lo que en verdad y en justicia podría llamar comida decente, y porque no quiero que la gente diga que Bernardo Prieto es un embustero, ni que engaña a las gentes cobrando la basura a precio de oro, tengo que decirles a vuestras mercedes que lo que puedo ofrecer son unas *almóndigas* con más tocino que carne, que eso sí, aunque poca, es de vaca, vaca vieja y dura, pero vaca, que en tan fino está despedazada que no va a perder ninguno diente ni dolores van a sentir en las quijadas. Jamón tengo uno que picó la mosca, pero que tiene partes buenas que apenas hieden. De sopa queda un resto, pero a la Venancia se la ha ido la mano con la sal, nada que el vino no quite, que este sí es bueno, y las primeras copas son cortesía de la casa, que tengo visto que así nadie se me queja de él. No amaso desde hace tres días, pero mi pan tiene buen asiento y es de migajón prieto, así que con eso no va a haber problemas. Tenemos queso de cabra que va haciendo falta ya acabarlo, y a cuenta de la comida pueden quedarse a dormir, eso sí en el cuartucho de detrás o en el establo, que las habitaciones van aparte.

– Vaya, Bernardo, bien nos lo has puesto –replicó Tragabuches al ventero–; tráenos esas *almóndigas* y algo de pan. El jamón se lo das a los guarros, que de lo que se come se cría. La sopa también te la traes que a este le encanta –dijo señalando al Sopas–, y nos pones también el queso que vamos a hacerte el favor de acabártelo. Y no se te olviden los vinos, que en siendo gratis los primeros vamos a apurarlos de seguida.

Quedaron a la espera de la comanda mientras miraban de reojo al tipo que elegantemente vestido comía los supuestos manjares que a ellos se les habían negado con una ostensible cara de asco. *Míster* le había llamado Bernardo, y en efecto tenía toda la pinta de un súbdito inglés, tanto por su indumentaria como por su físico.

– Míster, ¿no le gusta la comida? –le preguntó el Sopas.

El hombre levantó la cara y los miró con cierto aire de desdén, pero al descubrir las navajas en las fajas se atemperó y decidió contestarles.

– No demasiado, mejor otras que he probado, cerca Antequera, Écija, pero no muy mejores.

– *Cucha*, ¿no le gusta la comida española?

– No, la comida española es buena. No me gustan demasiado ventas y posadas, no son normalmente muy buenas.

Entonces el hombre, a pesar de que estaba en plena cena, se levantó y de modo cortés procedió a presentarse.

– Mi nombre es Richard Ford, soy inglés y me gusta viajar por el mundo, veo cosas y las cuento luego a gente de mi país. Las escribo, escribo lo que veo en todos los sitios.

– Encantado, yo soy Antonio Sánchez, y estos son Francisco, José y Juan, todos Sánchez también. Es un apellido bastante común en nuestro país –dijo Tragabuches, sus compañeros no pudieron evitar la risa por su falta de inventiva.

– Ya comprendo –dijo el inglés, que de tonto no parecía tener un pelo.

Intercambiaron unas pocas frases banales hasta que apareció Bernardo con la comida. El inglés volvió a su sitio y solo les volvió a hablar para despedirse de ellos cuando ya se retiraba a una de las habitaciones.

Las albóndigas no resultaron malas del todo, al menos nadie puso muchos reparos en tragárselas, quizá en gran medida a cuenta del hambre que arrastraban. Sí se vertieron grandes improperios acerca del pan, pues aunque avisado estaba que era duro, resultó tarea ardua el masticarlo, y más que pan parecía aquello un trozo caído de una de las vigas del comedor. Tuvieron que darle la razón a Bernardo en cuanto al vino, por más que quisieron ponerle pegas a primeras, como resultaba gratis no lo hicieron, y cuando se acabó la rebaja, contentos como estaban, no dudaron en pagar por un poco más. Terminada la comida volvió a hablarles Bernardo.

– Si quieren, como ya les dije, pueden dormir de balde en el establo o en el cuartillo trasero. En el primero tendrán que hacerlo en el suelo, aunque hay paja abundante para esconder los chinos del suelo. En el segundo hay dos catres, aunque avisado queda que pudieran encontrarse mañana con unos picores que a mí no me van a poder echar en cara, porque para eso ya les estoy avisando, que por allí ha pasado alguno que dejó huéspedes para siempre.

Decidieron que, puestos a dormir con animales, mejor era hacerlo con los que podían ver, y se arrumbaron en el establo hasta que los gallos del corral tuvieron a bien despertarlos a la mañana siguiente. Se despidieron entonces del ventero y tomaron el camino a Ronda. Rodearon Setenil y antes de Arriate torcieron en dirección a Zahara. Por caminos solo por ellos transitados llegaron al sitio donde un preocupado Tempranillo los esperaba.

Los recibió aliviado, preguntando el porqué de su tardanza. «Un pequeño contratiempo», fue lo único que consiguió arrancar de Tragabuches, y ninguno de los demás quiso abundar en el tema.

Bartolomé se sumergió otra vez de lleno en su vida como el Cirujano. Solo al Poeta quiso relatar su aventura con María. Su edad pareja y el semejante rol que tenían en la banda hacían de él su lógico confidente.

– ¿La verás de nuevo? –le preguntó después de escuchar a Bartolomé.

– Siempre que pueda, y voy a hacer por poder a menudo.

– Nunca he estado enamorado –le confió el Poeta.

– Pero si eres un mujeriego.

– Eso no tiene nada que ver, lo que te digo es que jamás he querido a una mujer así, como me cuentas. Me gustan, me divierto con ellas, disfruto acostándome con ellas, pero no he conocido nunca nada así –se sinceró.

- No sé decirte si eso es bueno o malo. Ahora me toca sufrir su ausencia.
- ¿Ahora?, es decir, piensas que en futuro algo va a cambiar en nuestra vida.
- Eso espero –dijo Bartolomé–, eso quiero creer, porque eso me mantiene vivo.
- Ojalá tengas razón. A veces pienso en que un día ya no seré joven y me dolerá hasta el último hueso de tanto cabalgar, de tanta piedra fría en el lomo, de tanta lluvia en el cuerpo, y entonces ¿qué me quedará? Mira Tragabuches, ¿qué tiene él?, o al Abuelo, ¿cuántos años tiene ese hombre?, ¿cincuenta?, ¿sesenta?, ¿más?, ¿y qué le espera?, morirse en la sierra. No me gustaría llegar a esa edad así, pero, sinceramente, no veo la forma de escapar a esto.
- Lo haremos amigo, seguro, tarde o temprano algo hará que la cosa cambie. Únicamente habremos de estar atentos a la oportunidad cuando se presente.
- Dios te oiga.

El Tempranillo y su banda aguardaban a la diligencia de Madrid en un punto entre La Carolina y Bailén. Catorce hombres iban con él, el Cirujano entre ellos. Habían pasado dos años desde que Bartolomé conociera el amor de María en el viejo molino de Celestino. Desde entonces las visitas habían sido varias, todas las que pudo conseguir, tal y como le prometió a su amada. Y ella a su vez había seguido fiel a su espera. Cuando, descorazonada, comenzaba a sumirse en el llanto por la ausencia, llegaba siempre a punto el amante, colmando su alma de nueva ilusión por un mañana que no venía nunca, un futuro que las circunstancias amenazaban con no dejar siquiera entrever. Pero el amor se había hecho fuerte en esos intervalos, y nunca ninguno de los dos se atrevió a torcer su empeño. Y eso que don Pedro ya empezaba a ver con desazón que a su hija se le pasaban los años sin acceder a tomar pretendientes. Y no por falta de

candidatos; a más de cuatro les había dado nones. A don Pedro le roía el alma su incipiente soltería, pero no quería imponerle una relación. Sin embargo, últimamente el interés mostrado por cierto joven acaudalado le estaba haciendo replantearse el tema. El muchacho no era otro sino Francisco Mendieta, el hijo de don Juan de Dios, el hombre más insigne del pueblo, a quien, según todos los rumores, su majestad iba a nombrar nuevo gobernador de Córdoba. Pero María resistía y él aún no se imponía. Todas estas cosas ella a Bartolomé le escondía, y él, que podría suponerse algo, nunca quiso preguntar. Empezó a fraguarse una rutina de encuentros y Tragabuches le animó a contarle al Tempranillo sus intenciones al respecto. «José María jamás podría prohibirte algo semejante», le había dicho. Él sabía que muchos integrantes de la banda tenían mujer e incluso familia que visitaban con la frecuencia que podían, y que algunos, como su amigo el Poeta, escapaban sin tapujos a rondar a esta y a la otra. El mismo Tempranillo hacía tiempo que visitaba a cierta muchacha de la Sierra de Cádiz. Pero aun así, dilató su confidencia en el tiempo, hasta que se le hizo necesario explicar tanta ausencia. Ahora la banda estaba enterada de que el Cirujano ronda a la hija del boticario de su pueblo, algo que todos, como no podía ser de otra forma en el mundo en que vivían, mantuvieron en el más estricto secreto.

Los catorce hombres esperaban montados en sus caballos al amparo de una colina que los escondía de cualquiera que pasara por el camino. De pronto escucharon llegar un jinete; era el Moro, que venía con las nuevas.

- La diligencia está a unos veinte minutos. Lleva buen paso y escolta.
- ¿Cuántos van? –preguntó el jefe.
- Seis *coloraos* a caballo.
- Pues peor para ellos si dan guerra.

Dispuso el Tempranillo a los hombres para que rodearan el carruaje al llegar a cierto punto. Todos quedaron enterados de su cometido y de la intención de robar sin verter, a ser posible, más sangre de la necesaria.

La operación se condujo con precisión y eficacia. La escolta quedó desarmada en intenciones antes que en pistolas debido a la sorpresa caída de la nada; los soldados rodeados comprendieron enseguida que nada podrían hacer frente al bandido que los superaba en número y posición. El Moro desmontó y cogió las riendas de la diligencia mientras una decena de sus compañeros encañonaban a la guardia. El Tempranillo, el Lero, el Cirujano y el Cucha también desmontaron y, con precaución, se aprestaron a abrir la puerta de carruaje.

– Si tienen la amabilidad vuestras mercedes de ir saliendo, nos ahorran el desagradable trabajo de ir a sacarlos –dijo el Tempranillo.

Uno a uno, fueron desfilando los cinco pasajeros del transporte, dos mujeres y tres hombres.

– Sin duda vuestras mercedes se harán cargo de las penalidades que mis hombres y yo atravesamos en estos días de incierta fortuna. Así que me gustaría rogarles encarecidamente que, en vista de que son personas muy nobles y muy dadas, nos agraciasen con aquello que les sobra, que sin duda será poco comparado con lo que tienen y no necesitan –empezó a decir–. Por ejemplo, señora, ¿hay algo más superfluo que estos viles metales que quieren adornar esas preciosas orejillas que intuyo más allá de ellos –continuó hablándole a la primera de las mujeres mientras estiraba su mano y le sustraía sus pendientes de oro–. Mucho mejor ahora; la belleza de una mujer no debería nunca mancharse con baratijas –siguió mientras iba quitándole también las pulseras, broches y anillos, todo bajo la presuntuosa sonrisilla que la dama se esforzaba en sofocar sin éxito.

Luego le tocó el turno a la otra mujer, algo más mayor, que no encajó del mismo modo el que la asaltaran de ese modo, pero que tampoco se quejó demasiado.

El Cucha, atento, iba recogiendo todo el material y situándolo en una talega. Cuando le llegó el turno al primer hombre no pudo evitar una exclamación de sorpresa.

– *Cucha*, si es el míster.

La frase hizo que Bartolomé, que hasta ese momento andaba atareado en controlar al cochero, girase la cabeza. Allí encontró a aquel hombre que tiempo atrás se les presentara como míster Ford en aquella venta de infausto recuerdo gastronómico. La visión de aquel sujeto que, lejos de sentirse agraviado pareciera disfrutar con aquella aventura, no pudo por más que arrancarle una sonrisa. Sin embargo, poco duraría, únicamente el tiempo en reconocer al siguiente pasajero que empezaba a despotricar ante el Tempranillo.

– No sabe lo que está haciendo –dijo altivamente el asaltado.

– Sí que lo sé: estoy ayudando a unos necesitados. Todo gracias a su generosidad –le respondió el Tempranillo mientras lo registraba y le afanaba todo lo de valor que llevaba.

– No se haga el gracioso, solo es un miserable bandido.

– Yo no lo veo así, hágase la idea vuestra merced de que está en misa y le paso el cepillo –bromeó el bandolero.

– Miserable, no sabe qué está haciendo. No sabe quién soy yo.

– Sí, lo sabemos –respondió entonces Bartolomé ante la sorpresa de todos–. Eres Juan de Dios Mendieta, hombre cruel donde los haya, rico a costa de la necesidad de los demás. Una persona despreciable que es capaz de condenar a un hombre a la miseria destruyendo su molino para quedarse con todo el negocio de la molienda en la comarca.

Un ser malvado, capaz de convertir un accidente fortuito en un asesinato y, además, encontrar un culpable de la nada a quien cargárselo.

Mendieta escuchó airado la intervención del muchacho sin percatarse aún de quién era. Lo hizo cuando se le acercó.

– Te conozco... ¡Dios santo!, eres el hijo de Carmelo.

– Te equivocas –le dijo Bartolomé–, la persona que mientas murió hace tiempo, justo el día que quisiste arrastrar su nombre y su futuro por el fango. Al que tienes delante es al Cirujano, un hombre fabricado por la desgracia a la que lo abocaste.

– Un bandido, te has convertido en un miserable bandido.

– No, me he convertido en un hombre sin nada, ¿acaso no es eso lo que pretendías? Me robaste mi vida, da gracias a que ahora solo te quite la bolsa.

– No es mal negocio para vuestra merced –terció el Tempranillo.

– ¡Atajo de maleantes! –se encolerizó el terrateniente.

– Parece que el hombre no aprecia tu noble gesto –se dirigió el jefe a Bartolomé.

– Pues bueno será que le demos a probar humildad.

– ¿En que está pensando vuestra merced, si puede saberse?

– En que no hay mayor gesto de modestia que presentarse desnudo al mundo.

– ¿No querrá decir por ventura...?

– Eso mismo, si me lo permite.

Y así, ante la atónita mirada de don Juan de Dios y vanos intentos de zafarse, el Tempranillo, El Cirujano y otros dos hombres, fueron desvistiéndolo a la fuerza hasta que quedó en la más mísera vestimenta posible antes de descubrir sus generosas carnes. Las damas, lejos de la indignación, asistieron al espectáculo tratando de sofocar la risa, y el inglés se sorprendió con lo que creyó un folklórico ritual de bandidaje, no sin dejar de preguntarse si aquello le ocurriría también luego a él. Comprendió que no va a ser así

cuando, quedando arrodillado y humillado el Mendieta, todos los asaltantes se prestaron a subir a sus cabalgaduras para emprender la huida.

Nada más alejarse la banda en el horizonte, el inglés enseñó sus dotes de caballero y pidió que le bajaran su equipaje, del que sacó ropas para tapar al agraviado, quien las aceptó sin el menor agradecimiento, ocupado como estaba en lanzar improperios a los causantes de su afrenta.

– No sabéis con quién os habéis metido –no dejaba de gritar–. Pagaréis bien caro vuestra insolencia.

Los hombres ya lejos no podían escucharle. A galope tendido, Bartolomé saboreaba su venganza, una bastante pírrica en esencia, pero que le supo agradable en aquel momento. No sabía, ni él ni sus compañeros, que acababan de vejar al nuevo y flamante gobernador de Córdoba, y que aquello desataría funestas consecuencias.